

# JUAN CARLOS DIGHIERO

(1880 - 1923)

Dr. Hugo Malosetti - Dra. Graciela Dighiero

Al confrontar lo escrito sobre la personalidad del profesor J.C. Dighiero, el ocasional lector sufre un impacto sobre un rasgo de la personalidad del eximio profesor: su extrema bondad y su alegría de vivir, que emanaba de él como si un halo de bondad rodeara su persona.

Su complexión y altura más que mediana, unida a una voz clara y palabra fácil, contribuían más aún a resaltar su jovialidad y optimismo, modalidad que lo destacaban desde su vida de estudiante y que los avatares de la vida no habían conseguido modificar.

Siempre dispuesto al humorismo sano, brotaban de sus labios palabras que transmitían situaciones jocosas.

Con esta su innata modalidad zanjaba resistencias y momentos enojosos, limando asperezas y abatiendo resistencias.

El Dr. Muñoz, en una publicación de los Anales de la Facultad de Medicina dice: "Si hubiera que concretar la virtud dominante en aquel carácter sereno y sin repliegues, la Bondad lo definiría.

"Era un hombre bueno. Bueno con una nobleza que irradiaba y seducía; bueno hasta la increíble abnegación, hasta el casi absurdo don de sí mismo; bueno en todos los instantes de una existencia en la que no pueden hacerse divisiones artificiales; hay una maravillosa unidad en su vida luminosa y recta que no conoció la atracción del zig zag. El hombre, el médico, el profesor, el amigo se confundían armoniosamente en el troquel de un carácter único y definitivo".

Dighiero había nacido en la ciudad de Montevideo el 12 de Julio de 1880; y falleció el 19 de julio de 1923, a los 43 años.

Sus padres fueron Carlos Dighiero y Rosa Sanguinetti.

En el año 1909 contrae matrimonio con María Josefa Urioste; su descendencia fue numerosa, constituida por 4 varones y 3 mujeres.

De los varones 3 de ellos continuaron la orientación paterna eligiendo medicina como meta de sus estudios; el cuarto hijo culminó sus estudios como ingeniero agrónomo.

Su hijo mayor nacido en 1910, Juan Carlos, tuvo una excelente actuación en su profesión, siendo en el país un pionero de la técnica broncoscópica, perfeccionándola posteriormente; esto sucedía a mediados de la década del 40.



Prof. Dr. Juan Carlos Dighiero

Jorge, nacido en el año 1912, una vez culminada su carrera inclina sus preferencias hacia la cardiología, imprimiéndole un nuevo rumbo en nuestro país mediante la instauración de un nuevo método: la angiografía y el cateterismo cardíaco, primero en forma experimental. Pese a las oposiciones que desencadena todo nuevo método, logró aunar esfuerzos con otros colegas hasta llegar a la instauración de la cirugía cardíaca en el país.

El profesor Dighiero cursó sus estudios secundarios en establecimientos vinculados a nuestra universidad, graduándose de bachiller en 1899, siendo uno de los últimos bachilleres del siglo en obtener el título.

Se graduó como médico el 15 de Diciembre de 1906, partiendo inmediatamente hacia Europa con el fin de completar su formación académica en diversos centros calificados de Francia y Alemania, por el espacio de 2 años.

A su regreso en el año 1908, es jefe de Clínica en el Servicio del Profesor Francisco Soca, permaneciendo a su lado hasta la muerte del insigne profesor.

En el año 1912, a través de Concurso, obtiene la Cátedra de Patología Médica, que ejerció durante 10 años.

En 1922 es nombrado Profesor de Clínica Médica, sustituyendo al profesor Soca por el fallecimiento del mismo; cargo que ocupa durante un solo año a causa de su desaparición prematura.

Señalamos otras funciones que ocupó vinculadas con la medicina, como ser: Consejero de la Facultad de Medicina; Presidente de la Sociedad de Medicina; Miembro del Comité Ejecutivo del Sindicato Médico del Uruguay, cuando la presidencia del mismo estaba ejercida por el Dr. Augusto Turrene (este último había sido miembro fundador y primer presidente de la Institución en 1918).

En el momento de avaluar todo lo que no puede transmitirse a través de una fría enumeración de títulos y cargos, incapaces ellos de patentizar los auténticos valores de una personalidad como la del profesor Dighiero, es preciso indagar, recorrer, rastrear en todo aquello vinculado a su persona especialmente en sus múltiples facetas como médico, intentando verter en estos renglones la versión mas veraz posible.

De ahí la necesidad y obligación de recurrir a las fuentes primarias, sin ninguna interpretación posterior pasible de deformar la realidad, conservando así su verdadero mérito.

De ahí la idea de recurrir a los originales de colegas y de estudiantes, que en el momento de su desaparición conformaban el grupo de discípulos, transcribiendo partes de ellos.

En primer término la del Dr. H. H. Muiños:

“La carrera médica de Dighiero fue ascendente e irresistible. Tenía todo el caudal que se aprende en los libros, junto a la riqueza de un talento todo espontaneidad y todo nitidez. Clínico hasta la punta de las uñas, como el maestro, tenía esa sagacidad que no da el estudio ni siquiera el ejercicio continuado de la profesión, rara calidad instintiva que individualiza los grandes temperamentos médicos de excepción; golpe de vista instantáneo que una disciplina médica prodigiosa auxiliaba con los datos de un examen impecable. No se puede, cuando se habla de Dighiero, dejar de insistir sobre este su extraordinario sentido clínico, especie de sexto sentido que lo orientaba con certidumbre raramente desmentida y que una educación médica rigurosa había afinado al extremo. Era así, por encima de todo, un gran clínico, y lo es por la penetración, por la serenidad, por el método, por el equilibrio. Porque todas sus altas facultades estaban como en nadie sometidas al enérgico contralor de una ponderación que quizá constituía la arista dominante de su genio médico. Era la discreción más rara, la mesura más perfecta, la prudencia más inteligente, quien ponía en su criterio una nota invariable y personal. No conoció la embriaguez de los “emballéments” tendenciosos y falaces; un increíble poder frenador subordinó siempre sus opiniones al rigor de un análisis clarividente.

El clínico, el admirable clínico en su robusta personalidad médica. Pero su preparación teórica era de primera agua. Catorce años dictando cátedra de Patología Interna, le habían dado una erudición disciplinada y honda que reforzaba sus estupendas condiciones naturales. Sólo que aquí aparecía su ejemplar equilibrio. Dighiero disimulaba su intensa preparación de estudioso tras una de sus virtudes cardinales: la sencillez.

Su genio, enemigo tenaz de todos los exhibicionismos y de todas las aparatósidades, le impedía sacar a relucir su erudición como muestrario de joyería. En sus clases, pasaba deslumbradora toda su experiencia honrada y honda de la medicina.

Algún gran nombre favorito, Merklen, Vaquez, Chauffard, ponía un chispazo en la exposición. Y nada más. Porque además de sencillo y modesto y sincero, Dighiero era un magnífico profesor. Conocía el valor de la concisión.

Tenía el secreto de las síntesis geniales. Poseía el don de enseñar.”

A continuación se transcribe el sentir de los estudiantes de Medicina aunados en un Comité de Alumnos y expresada en una oratoria por el bachiller José D. Mautone. "Lo que a nosotros, los estudiantes concierne, es particularmente en la clínica donde lo conocimos. Allí, en la mañana, bajo la dirección siempre afectuosa de los Jefes de Clínica, aprendíamos a buscar los signos, a interpretarlos y estábamos a menudo alrededor de la cama de un enfermo, cuando Dighiero llegaba. Y entonces, a pesar del sentimiento de respeto hacia la alta ciencia del Profesor, no nos sentíamos empujados con su presencia, sino que su llegada nos llenaba el espíritu de bienestar, pues bien sabíamos que él venía a ayudarnos, a poner orden en nuestras ideas y claridad en nuestras dudas.

"No podíamos esperar de otro modo a este profesor y amigo que nos enseñaba con amor la buena clínica, la terapéutica eficaz y la piedad al enfermo. Lo esperábamos como a un hermano mayor que nos trae día a día su cosecha de saber y de experiencia y una afectuosidad franca y sincera. Como el árbol, que por ley natural nos da sus frutos sin exigirnos nada, así nos brindaba su ciencia y afecto.

"La lección clínica iba a comenzar. Dighiero se abría paso entre nosotros que aguardábamos apiñados alrededor del enfermo, hasta que lograba llegar hasta la cabecera. Interrogaba al enfermo como a un amigo, conocido desde largo tiempo y por el uso de las expresiones y vocablos habituales del paciente, obtenía de él preciosos datos.

"En el examen físico, aparecía el semiologista fino, que lee en el facies y aprecia delicados matices del sonido. Sin embargo, no buscaba Dighiero que le supiésemos capaz de una verdadera magia de semiología, pero sí deseaba que por el ejercicio tenaz alcanzásemos la fina educación de sus sentidos; por eso nos invitaba con insistencia a la comprobación del signo y a que expresáramos nuestras dudas con entera libertad. Y nosotros no teníamos el más mínimo temor de revelar nuestra ignorancia, ante ese profesor de quien sabíamos no nos vendría el duro reproche ni la ironía elegante y mordaz.

"Comenzaba la lección. En un lenguaje sencillo y claro, nos exponía la historia del enfermo; pero advertíamos -con grata sorpresa- que los datos del interrogatorio suministrados sin orden ni relación aparente, se habían conectado con tal rigor de lógica -con tal belleza, diríamos- como una sucesión de fenómenos ligados a una causa que no tardaría en aparecerse. Expuesta la historia, tomaba en consideración los signos, y recalcando su valor, estableciendo relaciones, nos llevaba tan insensiblemente de lo normal y fisiológico al estudio de las perturbaciones funcionales u orgánicas, que el diagnóstico no nos parecía una finalidad lejana e inasequible.



*Juan Carlos Dighiero poco después de doctorarse en medicina*

"Sin dejar de señalarlos, jamás, el escollo, nos planteaba con claridad y sencillez admirables, los más arduos problemas; todo llanamente.

"Cuando hablaba, dirigía con tal destreza nuestra atención hacia el problema clínico, que seguíamos sin esfuerzo la trayectoria de su idea, como con la vista, en un cielo azul y límpido, seguimos el vuelo de blancas palomas.

"Convencido desde largo tiempo atrás de que la semiología y la terapéutica deben enseñarse de continuo desde que el estudiante ingresa hasta que abandona las clínicas, encarga a sus colaboradores, jefes de clínica y asistentes del servicio, que además de encaminarnos en la semiología lo hicieran también en lo que respecta al tratamiento. En sus lecciones, a menudo, él mismo nos daba a conocer hasta en sus detalles más minuciosos, cómo habíamos de tratar al enfermo con quien nos dictaba su lección.

"Toda clínica debe ser una unidad, con personal completo y aún con especialistas. Era ésta una de sus ideas, y en su fuerte aptitud realizadora Dighiero había comenzado a darle forma concreta, existencia tangible. Por eso os recordaré que llamaba a su clínica a distinguidos especialistas, extraños al servicio,

para que nos ilustraran acerca de cuestiones de palpitante interés médico y científico. Por eso señalaré también los cursos de vacaciones, en los que él, sus asistentes y jefes de clínica, y reconocidas autoridades de nuestro profesorado, disertaban sobre temas de gran utilidad práctica. Y reconociendo la importancia de la terapéutica, algunas de estas disertaciones son consagradas directamente al tratamiento.

“Si para la Facultad la orientación pedagógica de uno de sus profesores más laboriosos y dignos, tiene un gran valor desde el punto de vista de las necesidades actuales y de las renovaciones futuras, para nosotros, que no entramos a juzgar, tiene la significación de un noble y desinteresado afán por el perfeccionamiento de nuestro aprendizaje.

“Y este amor a la enseñanza, rasgo saliente de nuestro malogrado maestro, se transparentaba en sus lecciones por un empeñoso deseo de que aprendiéramos, por la encantadora sencillez -que jamás le quitó autoridad!- con que allanaba las dificultades de nuestro camino; y por el candoroso placer que ponía en descubrirnos las fuentes de sus conocimientos, en señalarnos los buenos libros o la revista donde ha sido escrita una página útil y necesaria.

“No desdeñaba Dighiero, a pesar de la orientación eminentemente práctica de su enseñanza, las especulaciones científicas que parecen llevar, por el rigor del cuadro de belleza, pulcro, sencillo, lleno de luz, en el que viven destacándose las enseñanzas sólidas, sobre un fondo en el que dormitan, en una lejanía aural, sugerencias fecundas.

“La Escuela Argerich era así una entidad que sin perder los caracteres que adquiriese bajo la enseñanza de Soca, El Maestro, vivía vigorosamente bajo la dirección vigilante y piadosa del discípulo excelso, Juan Carlos Dighiero”.

Poseía además una cultura general sobresaliente, y en su biblioteca participaban los libros de arte, no estando a la zaga de los científicos.

Su proyección hacia lo social era hacia aquél que sufre. Estaba consustanciado con el dolor ajeno, tratando de corregir todo aquello que fuera injusticia social; para él era igual el paciente del hospital, su paciente particular como el indigente.

Se sumaba a esto su actividad de servir en forma silenciosa y anónima con el fin de no rebajar al indigente.

Desde la desaparición del profesor Soca y elegido como su sucesor con el aplauso de sus iguales y de los que fueron sus discípulos, trazó una meta a cumplir: la de impedir la disgregación del núcleo de jóvenes médicos que constituían la llamada “Escuela Argerich”, para lo cual solicitó cambiar el nombre de la sala por el de Soca, para tratar de conservar el núcleo de sus alumnos para un futuro, evitando que pudieran quedar huérfanos de protección universitaria. Esto fue dicho pocas horas antes de su fallecimiento.

Su muerte estuvo vinculada a su abnegación y sentido del deber. Pocos días antes de su fallecimiento, en una noche fría invernal y lluviosa, en el momento de arribar a su domicilio tiene un nuevo llamado; rápidamente después de esto comienzan sus molestias que aparentemente son benignas pero que el Maestro diagnostica como enfermedad grave; la gripe, de la cual había estado días antes dando lecciones a sus discípulos.

Su muerte fue un verdadero duelo nacional con repercusión en todos los ámbitos sociales.

De él nos resta su enseñanza en todos los órdenes como una lección a imitar.

El País lo recuerda en el Hospital Maciel, donde una sala, la antigua San José, recibe su nombre; una calle de nuestra ciudad también lo recuerda; y en la Avda. General Flores, frente a la Facultad de Medicina, existe un pequeño monumento levantado en su memoria, ante el cual pasan tantos en forma indiferente sin saber cuanta grandeza simboliza.